



Pregón pronunciado por Francisco Camas Sánchez
el viernes 25 de noviembre de 2016,
en la Peña La Bulería de Jerez,
dentro de la XXIV Exaltación de la Bulería



Siempre me he preguntado por lo que piensa la gente cuando escucha cantar. Cómo relacionan los cantes con sus experiencias, con sus vidas. Si miramos sus expresiones, notaremos que en unas dejan adivinar algo, y en otras no. Hay rostros que reflejan bienestar cuando los cantes son festeros y, tanto los aficionados como los no iniciados, tienden a inclinar el cuerpo hacia adelante como señal clara de querer entrar en la celebración, reflejándose así su voluntad, si les fuera posible, de ser protagonistas, como si se dijeran a sí mismos: ¡ojalá yo pudiera! Si los cantes son hondos, nos toca reflexionar: los reflejos de alegría se tornan escultóricos, las caras se muestran expectantes, abstraídas, dañadas cuando no indefensas. Si los cantes son dulces, hay margen para todo. A los espectadores de otras culturas siempre se les trasluce el respeto, la permeabilidad y, a veces, la incredulidad ante lo que acontece: observan y sienten.

La percepción de los tonos, de los tiempos, de los silencios va íntimamente unida a esas experiencias interiores y va aparejada a todo aquello de lo que se tiene conciencia de haber vivido.

Comprender los cantes hasta llegar a lo más recóndito de lo expresivo puede ser muy sencillo cuando los cantes forman parte de ti,

cuando se tiene algún recorrido en la cultura flamenca, bien sea vital, bien sea en la investigación, en el estudio. En la predisposición también hay un camino que se puede recorrer para lograr ese fin deseado, el de experimentar el encuentro y conseguir el estallido.

Y, para ambos, alcanzar esa explicación tan rotunda de los sentimientos puede llegar a ser una erudición, a veces un retrato inalcanzable, que puede mantener en vilo a cualquiera por mucho tiempo. Porque no sólo se trata de una práctica musical, sino de una transmisión de costumbres con una base conforme a la naturaleza y a la cultura en la que has nacido y en la que te has desenvuelto a lo lardo de la vida. Sin que esté sujeta a ninguna contabilidad de años. Quiero decir, que no es necesario ser joven o viejo para que el cante llegue a traspasar la carne y pueda encontrar nido en los adentros. La prueba la tenemos en tantos niños, que cada día son más, de los que emana el mayor de los compases y los más diversos estilos con una técnica natural que tendrá su origen en el vientre de sus madres y en el hecho de haber compartido con los mayores las vivencias flamencas desde su nacimiento.

Cuando ejecutan su arte, todos tienen una particularidad: la seriedad con la que actúan, el semblante con el que comienzan y terminan. Será esto debido a su pronta puesta en escena delante de un público adulto, que físicamente los domina y agasaja, sin tener conciencia de otra cosa que no sea sentir y expresarse limpiamente a través de un impulso natural.

Dice José Manuel Caballero Bonald que "que todo el que recuerda algo se equivoca de algún modo, pero hay tramos dudosos del pasado que acaban convirtiéndose con los años en fijaciones mentales. Su perseverancia en la memoria concierne a la intensidad de la experiencia vivida".

Por eso, no puedo desligar en estas palabras la visión que tengo del cante de mi experiencia personal.

Cuando se nacía en las alcobas, nací en una casa cerca de donde nos encontramos, en la misma calle donde años más tarde se instalaría

la primera sede de esta Peña de la Bulería. Y fue a una edad precoz cuando sentí por primera vez la conmoción que produce el cante.

Esa primera experiencia sucedió un viernes santo y tuvo lugar en la Casa del Olivo, muy cerca de aquí, donde era costumbre celebrar todos los años la recogida por la mañana de la Esperanza de la Yedra y la salida por la tarde del Cristo de San Telmo. Este acontecimiento lo retomaré más adelante, porque primero quiero dedicarles un espacio a dos personas que fueron muy importantes en mi vida, ya que fueron quienes me abrieron las puertas a este mundo prodigioso del cante gitano andaluz (al decirlo pienso en Manuel Morao), del cante flamenco.

Uno es mi tío Paco, Francisco de la Calle Piñero y el otro mi padre. Ellos eran primos. Mi padre afianzó en mí la esencia vital y desgarradora, la consecuencia de lo hondo, la magnitud de los protagonistas, el silencioso compás que tienen los sentidos cuando se escucha, y mi tío me abrió la puerta a la diversidad. Si tuviera que definirlos en esencia, uno podía representar para mí lo que la tierra sostiene y el otro lo que el mar expande; y ambos, sujetos a sus experiencias de vida, así expresaban su aprecio por el arte, teniendo yo la suerte de haber sido receptor de sus conocimientos y emociones en ocasiones imborrables.

En general tenemos poco hábito de poner por escrito los propios sentimientos. Y los que se reflejan en los cantes casi siempre están acentuados por la naturaleza masculina: la fragilidad, la melancolía de lo que se ha perdido o lo que se malogró, dependiendo de los “Palos”. Justamente todo eso es lo que las letras de los cantes nos describen con pocas palabras, con certeros trazos sin rodeos: el amor roto, la enfermedad, la traición, la madre, la soledad, la quimera. Esos sentimientos evolucionarán y quedarán para siempre escritos en la “Letras”, “emociones propias” que también son de las mujeres. De ellas y de nosotros los hombres, porque somos dos, todo es cosa de dos y será así como se escribirá en el futuro porque no solo tenemos que ser aliados: también somos beneficiarios con una misma voz y una misma humanidad.

No se puede pasar de puntillas por las calles de este barrio de San Miguel sin recordar que hubo un tiempo de silencio y de lengua cercenada. Aunque ya casi nadie queda para recordarlo, hago referencia a aquellos momentos ignominiosos de nuestra historia en el que las gargantas se secaron, en el que los nudillos de las manos se fosilizaron, y en el que unos corazones fríos y unas cabezas delirantes perturbaron la vida de las gentes de estas calles de una manera determinante.

Justamente en la casa de aquí al lado, en el número 22, llegaron en aquellos días a buscar al padre de mi tío, Manuel de la Calle Camas, cocinero en el Hotel Los Cisnes, que, alertado por los vecinos, salió de la habitación y corrió hacía el fondo de la casa. Allí en el patio, buscando una salida, encontró resguardo en el hueco de una pila de lavar. Puede uno imaginarse la angustia del momento y los recursos que le quedaban para salvar la vida. Los que llegaron sabían que estaba allí, y que de allí no había salido. No les fue difícil encontrarlo y llevárselo. Este mismo suceso se repitió unas casas más abajo, en el número 8, donde vivía mi abuelo Manuel Camas, tonelero, padre de mi padre y primo de Manuel de la Calle, con distinta suerte al oponerse el dueño de la casa y propietario del almacén de alimentación de la planta baja, Gonzalo Siles. Gonzalo era hombre conocido y respetado por aquellos encomendados que se personaron de noche aporreando la puerta, circunstancia que le valió para impedirles, no sin poca resistencia y bajo su responsabilidad, que se lo llevaran. Un poco más abajo, en la calle Encaramada número 6, tenía casa mi otro abuelo, Juan Sánchez Meléndez, remitente de carbón y padre de mi madre. De allí salió con destino a los Montes de Propio para recoger una carga de carbón y no regresó.

En un tramo de esta calle Empedrada y una calle próxima tuvieron lugar estos tres acontecimientos que marcaron de manera decisiva las vidas de una familia. Ellos eran niños cuando todo esto sucedió, y todos sabemos cómo viven los niños la vorágine dramática de los sucesos que se dan a su alrededor y cómo de perseverantes son las huellas que quedan. Aunque a veces se recuerden envueltas en una

nebulosa, y otras en vivo, nunca estarán exentos de una conciencia palpable de lo ocurrido para el resto de la vida.

Si sumáramos los testimonios de muchos de los que estáis aquí, los que sois vecinos de este barrio y de otros, tendremos una idea de la devastación que se le hizo al género humano y la dimensión del dolor que en estas calles se vivió en aquellos días, y que, durante décadas, cuando no para siempre, tuvo de guardián el silencio. Cuántas veces hemos comentado: ¡de "aquello" nuestros padres no hablaban! Y esta actitud tiene el sentido de proteger, de evitar que los acontecimientos extremos dañen la vida de los descendientes; se trata de un recurso natural, de un hecho de generosidad altruista, la más sincera que existe: la que se transmite de padres a hijos

Es bueno recordar cuando se ofrezca la oportunidad para hacerlo, porque recordar centra nuestros pensamientos y nos configura mejor los instantes. Creo que es necesario implicarse en el entramado histórico que ayuda a formar a las personas y a situarlas en el lugar que ocupan en la sociedad. También adquiere un gran valor cuando recordamos los orígenes con sus vicisitudes supervivientes, porque a pesar de todo son las raíces las que nos sostienen y las que sustentan la expresión de un pueblo como lo hace el cante flamenco.

En los cantes no se reflejaron verbalmente aquellos acontecimientos que tanto dolor causaron y tanta carencia trajeron, por razones obvias y fácilmente asimiladas. En el cante la transmisión espiritual no siempre va unida a la palabra; la palabra es un soporte inteligible, pero este soporte, siendo maravilloso y sanador, es sobrepasado en el cante por fuerzas interiores nacidas de la dimensión expresiva más profunda que puede contener la persona, cuando ésta lo alberga en las entrañas; aquello que quedó referenciado en Federico García Lorca como "sonidos negros".

Pero no fue esa una expresión creada por nuestro querido Federico, poeta que también tenía el aliento pleno de esos matices. Quien así definió esos entresijos del alma cantaora, una conclusión medida por la experiencia acumulada y el conocimiento grande y sutil

de entender la vida, fue Manuel Torre, quien escuchando un concierto del genial maestro Manuel de Falla, le dijo a Federico García Lorca: "*Tó* lo que suena bien tiene *sonívos* negros".

Manuel Torre, don Antonio Chacón, Isabelita de Jerez, Lola Flores, La Paquera, Manuel de los Santos Pastor… ¿Cómo es posible que tantas figuras grandes se dieran en tan pocas calles de un barrio que no es una ciudad, ni un pueblo, sino sólo una parte de Jerez? ¿Qué elementos sociológicos confluyen para que unos personajes tan carismáticos y con unas cualidades tan extraordinarias compartan sus orígenes en este territorio del cante jerezano? ¿Existe algún lugar tan reducido en el mundo donde se haya dado tanta acumulación de intensidades artísticas y de una misma materia? Se podrá estudiar y llegar a muy diversas conclusiones, algunas fundamentadas en lo que anteriormente atribuíamos a los orígenes geográficos y culturales, pero esta concentración de personalidades quizás tan sólo sea fruto de disposiciones que no responden a cálculos ni a elucubraciones; quizá sea obra del azar, que pone los acentos donde mejor cree que debe hacerlo, dentro un compás universal, a veces quebrado, a veces continuo, para deleite y modelo.

Don Antonio Chacón fue declarado como el máximo exponente del cante flamenco en su época. Su presencia se concibió como un antes y un después para el cante, pero no por eso pudo evitar que lo culparan de traer la "Ópera Flamenca" y sus consecuencias negativas. Le acusaron, nada menos, de ser el culpable de traer la decadencia al cante. Él mismo declaraba en una entrevista en el año 1922 que "antes había más afición pero que ahora se gasta tres veces más dinero que antes". Y cuando le preguntaron si creía que el cante jondo volvería como en la época en la que él comenzó, respondió: "¡De ninguna manera!"

Con un lenguaje jondo, el entrevistador le volvió a preguntar. ¿Entonces, usted cree que el señor del cuello suelto, que se "escombra la garganta y arroja el contenido del derribo a las candilejas" se quedará en el camarote de la taberna esperando a que en una reunión "jaga ruío"...? ¡Indudablemente! respondió Don Antonio.

Del pasado a nuestros días, de Manuel Torre a Manuel Agujetas como referentes superiores de este barrio de cantaores (con la reciente

pérdida de éste último), se ha completado un siglo y medio de historia del cante gitano.

Esta historia no la debemos considerar cerrada ni definitiva, será más acertado declararla una vida viva del cante en permanente y lenta evolución. Porque no podemos apostar bien si decimos que antes que ellos no existieron otros cantaores con ese rango de "Grandes del cante", como tampoco podemos decir que en el futuro no vayan a brotar otros con esa misma dimensión artística. Y decimos: ¡Sí, pero no; ya no será lo mismo! Desde luego, nunca será lo mismo, porque nunca en la historia de la humanidad nada ha sido igual, y no hay que lamentarse, cada época lleva consigo su desarrollo conforme a la evolución del hombre y sus costumbres, y eso es bueno. Lo importante es que ellos existieron y que los tenemos vivos a través de la memoria y a través de los medios técnicos de los que hoy disponemos para aprender y para reafirmarnos en el rastro.

A Isabel Ramos Moreno, Isabelita de Jerez, gitana de esa calle Acebuche, se la ha rescatado estos días dedicándole unas jornadas de estudio con la Universidad. Esta cantaora casi desconocida, que descansa en Zamora, emerge con fuerza porque la semilla es buena, porque la raíz es sólida y la tempestad no le puede. Gracias a Rafael Infante y a Jose María Castaño por su dedicación y constancia a este menester. Gracias también a José Ignacio Primo Martínez, un gran aficionado de Zamora que cuida de su yacimiento cuidándolo primorosamente para que no le falte el romero y el laurel.

En la calle Sol nació Lola Flores, a la que no se le discute la genialidad. Pero hay quien piensa que no debe formar parte de lo grande del flamenco, y para documentar lo contrario echo mano de unas palabras de Manuel Ríos Ruiz, quien con claridad y precisión describe a esta grande nacida en este barrio.

Dice Manuel Ríos Ruiz que Lola sabía y era capaz de hacer en cada momento lo que se proponía, que cantaba bien con sentido y siguiendo la música, y que como bailaora tiene su sitio en la historia seria del flamenco, porque además de bordar prodigiosamente algunos

aires como la zambra o las bulerías, improvisaba de maravilla y siempre sabiendo dónde pisaba. ¿Se puede decir que no sabía bailar si no perdía el compás en ningún estilo? No; siempre bailó sobre la música que le marcaban o sobre la que ella misma pedía que le tocaran en determinados instantes de su actuación. Improvisaba por sabiduría, nunca por ignorancia, llenando la escena de danza jonda, con ese braceo ondulante y barroco, inefable por personalísimo y totalmente nuevo.

Y si por bulerías Lola Flores ha sido una de las más largas intérpretes de la historia de ese baile tan jerezanísimo, es indudable la influencia de Lola sobre otras bailaoras. Su braceo, sus escorzos, ese "baile agachao" que prodigaba con tanta personalidad y garbo, ¿no los hemos visto después, por ejemplo, en Manuela Vargas, Cristina Hoyos y otras bailaoras? Claro que sí. Y quien no admita estas realidades del bien bailar de Lola Flores, es un lego en flamencología, aunque haya escrito muchas críticas o muchos libros, porque carece de capacidad de entendimiento natural para ello y de sensibilidad para darse cuenta de qué es verdaderamente lo flamenco.

Durante este año y el próximo le vamos a dedicar a Lola Flores el reconocimiento que esta ciudad le debe. Es cierto que nunca se la ha olvidado y en diferentes momentos ha sido recordada. Pero en esta ocasión se pretende poner en escena la riqueza de una vida dedicada a las artes y reconocer sus méritos, acercarnos a su pulso vital o a su ropa, algo también tan personal y rico al pensar que la belleza de los tejidos y su belleza absorbieron su ajetreo y cubrieron su piel.

En el caso de Lola, lejos de ir desvaneciéndose o haciéndose volátil bajo esa fina capa con la que el tiempo nos envuelve, existe motivo y estímulo permanente para trascender a nuevas generaciones que no la han conocido, o que no la han reconocido en el contexto artístico y en su dimensión humana excepcional, firmemente enraizada en lo verdadero de nuestra cultura.

De aquel viernes santo en la Casa del Olivo al que hice alusión anteriormente, donde algunos recordaréis el Cristo que Manuel Núñez

"Porrones" tenía en sus habitaciones y del que se cuentan anécdotas muy graciosas, tengo en la memoria algunas imágenes de la gente sentada, a su buen aire, en el patio empedrado; el tenue y dulce clima que se respira en esos días, la luz, la impresión que me causó ver a un crucificado enorme en una habitación tan pequeña; Juan Morao sentado en una silla acompañando con la guitarra a Luis de Pacote que cantaba de pie y junto a él mi padre, y yo también de pie, unido a su protección.

Luis cantaba un fandango cuya letra no recuerdo, pero sí recuerdo su cara encendida hasta el sobresalto, el sudor, su camisa blanca y la inalcanzable estela que le guiaba; los gestos con las manos, la concentración en un abismo de voluntades rotas, de duelos sobredimensionados, de pasión y de ternura en la voz hasta llevar la emoción al corazón de un niño. Un fandango, un palo que siento complaciente, fue el hechizo iniciático más adecuado para entrar en el mundo del cante.

Francisco de la Calle Piñero, mi tío Paco, el otro pilar de mi aprendizaje y evocador de vivencias de un mundo desconocido y remoto, trabajó muchos años en los Canasteros, la sala de fiestas que Manolo Caracol tenía en Madrid. Allí "Lupino" – que por ese apodo se le conocía, aunque a este sobrenombre respondía su hermano Manuel, mayor que él, un bailaor que tuvo por voluntad propia una corta trayectoria acompañando a importantes artistas de la época- era referencia de muchos que desde Jerez se desplazaban a la capital para probar y emprender la carrera de artistas. Era un gran conocedor del cante y el baile, y había tenido la oportunidad, desde la Plazuela hasta la Capital, de vivir y conocer de cerca los acontecimientos más importantes que en el mundo artístico se daban en los años sesenta. En recuerdo a su memoria, quiero mencionar a un cantaor que no es de este barrio y tampoco de Jerez, Rafael Farina, gitano de Salamanca, uno de los grandes en su estilo, y lo pongo como referencia por la admiración que él le tributaba a este gran artista. Mi tío cantiñeaba y, cuando hacía los cantes de Antonio Vargas "El Cojo Peroche", lo hacía con tanto "ange" que hacía disfrutar de verdad a los que le escuchaban, hasta hacerles jalear con júbilo.

Es obligado tirar de la memoria de Antonio “El Platero” para recordar a algunos de los numerosos cantaores y bailaores de estas calles que Antonio rememora en su libro *Medio siglo de mi vida en el Cante*.

Antonio comienza su libro recordando a una gran cantidad de nombres de artistas y aficionados, ubicándolos en las calles del barrio donde vivían. Y en la calle Mariñíguez, junto a los hermanos Luis Flores (bailaor), y Alonso Flores (cantaor), que eran sobrinos de Juan Hambre, señala Antonio a una saetera con el nombre de Isabelita. De ella tengo que hacer una referencia expresa porque se trata de mi tía Isabel, hermana de mi madre y mujer de mi tío Paco, cuyo nombre era Isabel Sánchez Márquez y a quien también le debo una buena parte de mi pulso vital y afectivo. Era una cantaora que interpretaba la saeta con una fuerza y profundidad llameantes. No tuve edad para escucharla cuando en su juventud detenía al Cristo en el Cerrofuerte inmovilizando el tiempo y aglutinando en torno a su garganta a una multitud sentida que vibraba con “el Cristo de las melenas”; cuando lo de hoy sería pan mojado, cuando el pueblo azotado por el devenir de la vida tenía la piel seca y los ojos acuosos, cuando los hogares se reducían a algo menos de lo estrictamente necesario y el crucificado era su espejo; cuando las luces de estas calles eran muy escasas. Escuchar una saeta a pie de calle conllevaría la religiosidad más alejada del sentido trivial y simplificador que a veces se le da a esta palabra. Conteniendo entonces la religiosidad más elevada, entendida como horizonte universal de salvación y creencias, desde aquel hombre primitivo al actual, con el conocimiento cierto de lo reducido de nuestra existencia.

Una religiosidad en la grandeza que tiene el ser humano para sobreponerse a la adversidad, para luchar y no rendirse. Yo no escuché aquellas saetas. Sí le escuché otras, en otro tiempo, algunos viernes santos, hasta que quedaron interrumpidas definitivamente por no tener ya la fuerza necesaria para gobernarlas. Al Cristo de la Expiración y a la Virgen de la Esperanza.

Quiero reconocer a otra gran saetera jerezana y mujer que puede ser referencia de muchísimas mujeres fuertes, valientes, humildes y silenciosas, que fueron soporte de hierro en nuestro país en tiempos no remotos.

Esas mujeres como mi madre, como todas las madres que vivieron en clandestinidad sus valores y supieron seguir adelante forzando su destino y venciendo a la adversidad tremenda que vivieron a costa de un gran esfuerzo en aquellos años nada envidiables.

Esta saetera es Juana Domínguez, madre de Joaquín "el Salmonete", cantaor portentoso y largo, y de Luisa "Elu de Jerez" igualmente poderosa y profunda. Juana cantó durante muchos años desde el balcón de mi casa al Cristo y a la Virgen del Valle, a la salida y de recogida, lo mismo que fueron haciendo sus hijos en la medida que iban creciendo. Hace diez años, Juan de la Plata, a través de la Cátedra de Flamencología, le hizo un reconocimiento coordinado por Pepe Marín en el Centro Andaluz de Flamenco, un homenaje merecido que merece ser recordado.

El origen del cante por fiesta no debió de ser una expresión que fuera más allá de un divertimento campechano que se iría aderezando con movimientos de baile más o menos salerosos o burlescos, y que con el tiempo se fue enriqueciendo hasta llegar a lo que hoy conocemos como cantar por bulerías. Luego, el paso del tiempo ha contado con la experiencia, ha incorporado trazas personales y moldeado un estilo riquísimo con el empuje del baile más fino, espontáneo y distinguido. Toda la vida he escuchado cantar y bailar por bulerías en peñas, en espectáculos, con amigos, en tabancos o en la calle. Pero el conocimiento más próximo que tengo de lo que pudo ser en origen el cante y baile por fiesta (las bulerías más primigenias, a las que no hay que buscarle similitudes porque son piezas arqueológicas del cante) lo aprecié en el recital que Manuel Agujetas dio en la Peña Tío Chalao en el año 1993, hace ya 23 años. En ese recital se puede comprobar, porque existe una grabación, cómo Agujetas interpreta los cantes con humor, su actitud y expresiones son relajadas y divertidas, hace los cantes sin esfuerzo aparente y los bailes de quienes fueron saliendo al

tablado escenificaron la manifestación más genuina y auténtica de lo que pudo ser en el pasado el cante por fiesta. Lo acompañaba Periquín "Niño Jero" quien acunaba la guitarra con la verticalidad al uso de un tiempo pasado, tal como lo hacían los viejos tocaores.

Claro que Manuel, todo el mundo lo sabe, cuando cantaba la bulería por soleá, no tenía parangón con ningún otro cantaor contemporáneo y puede que de la historia.

Tuve la oportunidad de visitarlo en su casa de Rota muy poco antes de su muerte. Salió de la casa vestido con traje y camisa; el pelo lo tenía bien cuidado, de negro intenso, y llevaba zapatos de charol, sin calcetines, y con los cordones en libertad. Fui consciente de que me hallaba ante una personalidad excepcional y que debía centrarme en la naturalidad de un encuentro que requería prescindir de suspicacias por sus conocidos cambios de compases de cara a la galería, esos matices raros que generan las inseguridades o la timidez, siempre difíciles de diferir por muy artista o notable que se sea, a lo que corresponde mostrar normalidad y franqueza.

Fuimos a comer a la venta más próxima, donde tomó un café con leche claro y probó sólo una lonchita de jamón. Durante toda la tarde mantuvo un aire optimista, tranquilo, afable, de conversador lúcido. Mencionaba nombres inesperados y translucía una inteligencia fina y trabajada.

Dijo que le gustaría que se emplazara el monumento que le ha realizado Antonio Vico, su amigo y admirador, sin exigencias ni envanecimiento. Y me preguntó por qué aquella monja, cuando estuvo en el hospital años atrás, le dijo que Dios ya le había levantado el castigo. Tuve el convencimiento, por la forma en que me lo preguntó, con una leve sonrisa y la distancia de su mirada, de que para él eso era ya un asunto resuelto.

Desde los orígenes hasta hoy, nunca, que tengamos conocimiento, se dio la circunstancia de un pronunciamiento en el cante por bulerías de Jerez como la aparición, en el siglo pasado, de Francisca Méndez la "Paquera de Jerez".

Esta artista irrumpió con una fuerza incomparable en matices, en claridad y eco infinito. La Paquera puso un sello tan propio a la bulería de Jerez que ha quedado en la resonancia más personal y asimilada por Jerez para el mundo como lo hace un himno para la nacionalidad cantaora. Sus hermanos "El Pili" y Eduardo y entre nosotros mi amigo Antonio "el Chusco", su sobrino Joselito y Jesús Méndez, como testigos de la estirpe cantaora, asegurada hoy en la nobleza de esa voz heredada. Son ellos exponentes del pundonor paquero y de la sangre jerezana de la plazuela.

En ese contexto del que habla Caballero Bonald cuando dice que hay tramos dudosos del pasado que acaban convirtiéndose con los años en fijaciones mentales, me encontré un día dentro de una escena en el Bar Los tres Reyes de la calle Corredera. En el bar estábamos el propietario Diego Gallego, mi padre, Juan José Vargas Vargas "El Choza" y yo.

No recuerdo las circunstancias que rodeaban aquel encuentro, de dónde veníamos ni qué hicimos a continuación. Pero sí recuerdo con claridad a aquel hombre que le cantaba a mi padre unas letras que yo no entendía y cuyo ritmo tampoco alcanzaba a captar, pero pude darme cuenta de que no era estrepitoso y que parecía que estaba recitando o contando de manera melodiosa algún relato. Aquel hombre cantaba una y otra vez, y yo observaba cómo mi padre se erizaba por dentro a la par que iba almacenando las emociones que aquellos cantes le provocaban. Sus gestos lentos, la voz pausada, el movimiento armonioso de las manos y una llamativa pulsera de cobre que llevaba en una de las muñecas, conformaron un episodio recurrente en mi memoria. Ese recuerdo fue reforzado por la llamada de atención que mi padre me hizo de manera cariñosa al observarme distraído, envuelto en un pasaje para el que por edad no tenía aún la capacidad de discernimiento suficiente. Me dijo: "Paquito, escucha, este hombre es un genio".

Sabemos que el "El Choza" tenía la capacidad de ensamblar los pensamientos tal como le nacían en las letras de sus cantes, por lo que muchos de ellos quedarían con seguridad, como canta el recién

nombrado premio Nobel de literatura Bob Dylan, "Flotando en el viento".

Claro que para llegar a entender esa letra suya que dice: "Por qué dice esa mujer que yo he dormío con ella sin haber dormío: o quiere que me vuelva loco o que pierda el sentío" harían falta que transcurrieran algunos años.

Ya arranca el cuadragésimo aniversario de la creación de esta Peña. Sus comienzos en el año 1976 tuvieron como protagonistas a Domingo Rosado, Alfonso y Manuel García García, Bernardo Martín y Juan Pacheco Campos "el Cubala". De ellos partió la idea de crear una Peña Flamenca dedicada a la bulería y ya son cuatro las décadas que han transcurrido promocionando el cante flamenco y la ciudad de Jerez. Hoy, la Peña de la Bulería es una de las instituciones más importantes de la ciudad y referencia en el mundo flamenco nacional e internacional. Gracias a todos ellos, y al pundonor y empuje constante de los hermanos Alfonso y Manuel junto a Antonio Cosano Bernal y todos los socios, se han venido sorteando distintas etapas, cambios de sedes, momentos de dificultad siempre felizmente superados gracias a la entrega y pasión por defender los objetivos y prevaleciendo su predilección por el cante por bulerías y el amor a Jerez hasta alcanzar el prestigio que hoy disfruta.

Es merecido recordar a todos los presidentes que ha tenido la Peña (sin olvidar con todo el cariño al recientemente desaparecido Luis Rodríguez Águila), porque cada uno de ellos asumió una responsabilidad y todos afrontaron con valentía los contratiempos que a veces se presentan con verdadera vocación y entrega para superarlos. Ellos han sido y son eslabones de una cadena robusta y perdurable.

Domingo Rosado Cabeza, Bernardo Martín Morón, Antonio Núñez, Carlos Domínguez Caravaca, Juan Rosado Cabeza, Alfonso y Manuel García, Juan Luis Martínez y el presidente actual José Manuel Rodríguez, a quien le toca estar al frente en un momento idóneo para un mayor desarrollo y evolución del flamenco.

No debo dejar atrás a la Peña Los Cernícalos, a la que recientemente le ha sido reconocida su labor con el Premio Ciudad de Jerez y la Peña "el Garbanzo", de gran relevancia en este barrio y necesitada en estos momentos de un nuevo impulso.

Los Moneo, Los Carpio, Los Mijita, Los Méndez, Los Rubichi, Los Lara, Los Agujetas... ¿Se va a acabar el cante? Y las guitarras de Parrilla, que además de haber sido un grandísimo tocaor, y acompañante casi exclusivo para la Paquera, bailaba por bulerías con un estilo que no podía ser más elaborado, personal y único; y Paco Cepero, gran creador y artista, una figura máxima de reconocido prestigio.

A todos ellos. Manuel Moneo, a quien le toca tener en su poder la llave del cante, sus hermanos Juan Moneo "El Torta" y Luis, Diego Rubichi y su hijo Domingo, Tío Juane y sus hijos "el Nano" y "el Gordo", Manuel Carpio "El Garbanzo", Manuel Agujetas y todos esos cantaores y cantaoras, bailaores y bailaoras que son o han sido, junto a los anónimos y los no nombrados, gente vibrante, expresiva al límite, que seguramente tenéis en el recuerdo cada uno de vosotros y que poca gente quizá conoce, que han sido protagonistas alguna vez en cualquier lugar, y son referencia en nuestras vidas.

Tengo también la imagen, en esta Peña, de Tío Borrico, sentado tantas tardes a la puerta de la sede en la calle Baro, de la presencia siempre observadora y calmada de Diego Rubichi, de su hermano "El Monea" y el caminar cadencioso y elegante de Paco "el Gasolina", de Ana Parrilla, de Dolores y Antonio Agujetas, que todavía no han dicho la última palabra en el cante. A todos esos grandes aficionados que no quisieron dar el paso a ser artistas teniendo las dotes para serlo. Y a José Domínguez Garrido "el Zorri", el más veterano entre nosotros, cada día dispuesto y vivo para hacerse siempre sonriente un baile por bulerías. A todos ellos les agradezco su existencia.

Si no he hecho mención en esta exaltación al barrio de Santiago, que nadie piense que es por desconsideración; en absoluto, de ninguna manera. El barrio de Santiago, su gente y sus artistas, están en el mismo rellano, a la misma altura artística, tienen la misma grandeza y

el mismo corazón que late en todos los rincones de este pueblo. Su espíritu, que es compartido con calor y entusiasmo, nos hace reconocernos privilegiados por tener una cultura flamenca tan rica y una convivencia hermanada.

Si he puesto el foco en este barrio no es por chovinismo o por parcialidad. Ha sido porque esta oportunidad que se me ha dado hoy para pronunciarme la he considerado muy mía en lo personal y por eso no he querido salirme de las lindes de lo vivido, que se circunscribe a estas calles que nos rodean.

Pienso que es porque les gusta alegrarse de la vida, por lo que los hombres cantan y bailan. Y no deben de existir muchos que, cuando abren los ojos y ven la magnitud del sol y de la luna, o cuando miran el horizonte sobre el mar, no sientan la necesidad de saltar, de dar gritos, de sonreír, de llorar o de echarse a los pies de la tierra.

Todas estas expresiones las puede manifestar un hombre solo, sin la ayuda de nadie, y así también se hace, pero la voluntad que nos corre por las venas casi siempre nos lleva a buscar la compañía de otros. Y buscamos esa compañía para compartir la incertidumbre y las impresiones que producen la luz del día, los colores de la naturaleza, la lluvia y la nieve, la belleza que duele o la simpatía hacia los que como tú también se revuelven y exclaman en alto para celebrar lo que se vive o se ha vivido.

Así debieron de nacer el cante y el baile en todos los continentes del planeta. Con el tiempo, cuando se tuvo conciencia de que las penas que producía el sometimiento, el trabajo, las pérdidas más desgarradoras, el amor más sentido, se apaciguaban con el cante, y que éste producía felicidad, en este lugar del mundo, en Andalucía, se conformó la mayor aportación que se le ha hecho a la música y a la cultura a nivel global: el cante gitano, el cante jondo, el cante y el baile flamenco, que reunieron así los sentimientos de pasión y de alegría en una aportación de nuestra comunidad a la Humanidad.

Con este pasaje he intentado relatar lo vivido en este barrio y lo que representa para el mismo esta Peña. Y quiero terminar recordando un silencioso atardecer en el campo en el que mi padre puso su brazo sobre mis hombros y, mirando de pie el horizonte, me dijo: "Hijo, escucha, mira qué bonito, escucha cómo cantan los pájaros."